

EN Comitán celebramos varias ferias anuales. Pero ninguna tan alegre, tan animada como la de San Caralampio. Tiene fama de muy milagroso y las peregrinaciones vienen desde lejos a rezar frente a la imagen, tallada en Guatemala, que lo muestra de rodillas, con grandes barbas blancas y resplandor de santo mientras un verdugo se prepara a descargar sobre su cabeza el hachazo mortal. (Del verdugo se sabe que era judío.) Sin embargo, hace mucho tiempo que el pueblo no tiene ocasión de ver a ninguno de los dos porque la iglesia está cerrada, como todas las demás, por órdenes del gobierno. No es suficiente motivo para suspender la feria, así que en la plaza que rodea al templo se instalan los puestos y los manteados. De San Cristóbal bajan los cushtaleros con su cargamento de ven-



Dibujo de Mexiac

LA RUEDA DE LA FORTUNA

dimias: frutas secas, encurtidos; muñecas de trapo, mal hechas, con las mejillas escandalosamente pintadas de rojo para que no quepa duda de que son de tierra fría; pastoras de barro con los tobillos gruesos; carneritos de algodón; cofres de madera barnizada; tejidos ásperos.

Los mercaderes (bien envueltos en frazadas de lana), despliegan su mercancía sobre unos petates, en el suelo. La ponderan con su voz ronca de fumadores de tabaco fuerte. Y razonan largamente acerca de los precios. El ranchero, que estrenó camisa de sedalina chillante, se emboba ante la abundancia desparpalmada frente a sus ojos. Y después de mucho pensarlo, saca de su bolsillo un pañuelo de hierbas. Deshace los nudos en los que guarda el dinero y compra una libra de avellanas, un atado de cigarros de hoja, una violineta.

Más allá cantan la lotería:

—“La estrella polar del Norte.”

La gente la busca en sus cartones y cuando la encuentra la señala con un grano de maíz.

—“El paraguas de tía Clea.”

Los premios están reluciendo so-

*Fragmento de una novela
de Rosario CASTELLANOS*

bre los estantes. Objetos de vidrio sin forma definida; anillos que tienen la virtud especial de volver verde el lugar en que se posan; mascadas tan tenues que al menor soplo vuelan, lo mismo que la flor del cardo.

—“La muerte ciriquiciaca.”

—¡Lotería!

Hay una agitación general. Todos envidian al afortunado que sonríe satisfecho mientras el dispensador de dones lo invita a escoger, entre toda aquella riqueza, entre toda aquella variedad, lo que más le guste.

Mi nana y yo estamos sentadas aquí desde temprano y todavía no vemos nuestra suerte. Yo estoy triste. Mi nana me mira y se pone de pie:

—Quédate quieta aquí. No me dilato.

Le hace una seña al dueño del puesto y se apartan para hablar brevemente, en voz baja. Ella le entrega algo y se inclina como con gratitud. Luego vuelve a sentarse junto a mí.

—“Don Ferruco en la alameda.”

No lo encuentro en mi cartón. Pero la nana coge un grano de maíz y lo coloca sobre una figura.

—¿Es ese don Ferruco?

—Ese es.

No tenía yo idea de que fuera una fruta.

—“El bandolón de París.”

Otra figura tapada.

—“El corazón de una dama.”

—¡Lotería! grita la nana mientras el dueño aplaude con entusiasmo.

—¿Qué premio vas a llevarte? me preguntan.

Yo escojo un anillo porque quiero tener el dedo verde.

Vamos caminando entre el gentío. Nos pisan, nos empujan. Muy altas, por encima de mi cabeza, van las risotadas, las palabras de dos filos. Huele a perfume barato, a ropa recién planchada, a aguardiente añejo. Hierve el mole en unas enormes cazuelas de barro y el ponche con canela se mantiene caliente sobre el fuego. En otro ángulo de la plaza levantaron un tablado y lo regaron de juncia fresca para el baile. Allí están las parejas, abrazadas al modo de los la-

dinos, mientras la marimba toca una música espesa y soñolienta.

Pero este año la Comisión Organizadora de la Feria se ha lucido. Mandó traer del centro, de la misma capital, lo nunca visto: la rueda de la fortuna. Allí está, grande, resplandeciente con sus miles de focos. Mi nana y yo vamos a subir, pero la gente se ha aglomerado y tenemos que ponernos en fila. Delante de nosotros va un indio. Al llegar a la taquilla pide su boleto.

—Oílo vos, este indio alzado. Está hablando castilla. ¿Quién le daría permiso?

Porque hay reglas. El español es privilegio nuestro. Y lo usamos hablando de usted a los superiores; de tú a los iguales; de vos a los indios.

—Indio embelequero, subí, subí. No se te vaya a reventar la hiel.

El indio recibe su boleto sin contestar.

—Andá a beber trago y dejate de babosadas.

Subimos y nos sentamos en una especie de cuna. El hombre que maneja la máquina asegura la barra que nos protege. Se retira y echa a andar el motor. Yo siento un vacío en el estómago. Lentamente vamos ascendiendo. Un instante nos detenemos allá arriba. ¡Comitán, todo entero, como una nidada de pájaros, está en nuestras manos! Las tejas oscuras, donde el verdín de la humedad prospera. Las paredes encaladas. Las torres de piedra. Y los llanos que no se acaban nunca. Y la ciénega. Y el viento.

De pronto empezamos a adquirir velocidad. La rueda gira vertiginosamente. Los rostros se confunden, las imágenes se mezclan. Y entonces un grito de horror sale de los labios de la multitud que nos contempla desde abajo. Al principio no sabemos qué sucede. Luego vemos que la barra del lugar donde va el idio se ha desprendido y él se precipitó hacia adelante. Pero alcanzó a cogerse de la punta del palo y allí se sostiene mientras la rueda continúa girando una vuelta y otra y otra.

El hombre que maneja la máquina interrumpe la corriente eléctrica, pero la rueda sigue con el impulso adquirido, y cuando al fin para, el indio queda arriba, colgado, sudando de fatiga y de miedo.

Poco a poco, con una lentitud que a los ojos de nuestra angustia parece eterna, el indio va bajando. Cuando está lo suficientemente cerca del suelo, salta. Su rostro es del color de la ceniza. Alguien le tiende una botella de comiteco pero él la rechaza sin agradecerla.

—¿Por qué pararon? pregunta.

El hombre que maneja la máquina está furioso.

—¿Cómo por qué? Porque te caíste y te ibas a matar, indio bruto.

El indio lo mira, rechinando los dientes, ofendido.

—No es cierto. Yo destrabé el palo. Me gusta más ir de ese modo.

Una explosión de hilaridad es el eco de estas palabras.

—Mirá por donde sale.

—¡Qué amigo!

El indio palpa a su alrededor el desprecio y la burla. Sostiene su desafío.

—Quiero otro boleto. Voy a ir como me gusta. Y no me mermen la ración.

Los curiosos se codean, divertidos. Mi nana atraviesa entre ellos y, a rastras, me lleva mientras yo vuelvo los ojos hacia el lugar del que nos alejamos. No alcanzo a ver nada. Protesto. Ella sigue adelante, sin hacerme caso. De prisa, como si la persiguiera una jauría. Quiero preguntarle por qué. Pero la interrogación se me quiebra cuando miro sus ojos arrasados en lágrimas.

UN ENSAYO SOBRE sociología económica

Por Horacio LABASTIDA

MAURICE Dobb¹ afirma que definir el problema de la economía es muchísimo más difícil de lo que la mayor parte de la gente cree, y después de hacer esta aseveración propone dos definiciones y la razón lógica que dificulta científicamente construir la dicha definición. Los dos conceptos de economía que propone Dobb son los siguientes: "Economía es el estudio del hombre en los negocios ordinarios de la vida." "Economía es el estudio de aquellos motivos y acciones que pueden ser medidos en dinero." Una superficial meditación sobre estas definiciones, nos muestra que en realidad no proporcionan una idea rigurosa del objeto de esa ciencia, y sólo agregan, por otra parte, más confusión a quien busque un concepto preciso y claro. Estas mismas razones, seguramente, son las que informan el pensamiento de Maurice Dobb, por lo que no se ocupa de las tales definiciones y, en lugar de ello, pasa a exponer la dificultad lógica para conseguir el tan buscado concepto de la economía. Al efecto dice que: "la Economía es fundamentalmente una ciencia deductiva, que, como la geometría y la matemática, deduce una serie de conclusiones de ciertas premisas o supuestos; y en un estudio deductivo el desarrollo de los conceptos mismos es el que da necesariamente los límites de dicho estudio. Si tal es el caso, y existen diversas escuelas de ideas que emplean conceptos cualitativamente distintos, es apenas posible una definición satisfactoria que los incluya a todos. Cada concepto puede ser definido separadamente y luego la relación que guarda cada uno con los demás puede ser expresada en términos de algo más amplio. Pero una respuesta definitiva y satisfactoria sólo puede en realidad alcanzarse cuando las diferencias cualitativas se reducen a un término común; por ejemplo, diferencias

comunes de cantidad o número. Esta etapa, sin embargo, está lejos todavía en un campo tan poco explorado como el de las ciencias sociales; y por ahora parece que el modo más satisfactorio de definir la Economía es hacerlo en términos de la cuestión que se pregunta y cuya respuesta se busca, y definir, de manera semejante, las escuelas ideológicas rivales en términos de las diversas cuestiones que se proponen a sí mismas, o de las diferencias de los tipos de la respuesta que ofrece."

En síntesis, el autor a que nos hemos referido halla la dificultad de la definición en la imposibilidad de reducir a un sólo concepto las ideas cualitativamente distintas que sostienen las escuelas económicas, dificultad insuperable cuando el método fundamental de una ciencia es el deductivo, y por ello propone la solución del problema atendiendo a las diferentes preguntas y respuestas que las dichas escuelas han planteado al interrogarse sobre la materia de su ciencia. En otras palabras, Maurice Dobb postula que es imposible definir la economía si se trata de buscar un concepto válido para todas las corrientes del pensamiento económico, y que esa definición es posible si, al contrario, tratamos de arrancarla de la propia historia de la ciencia Económica.

Nosotros pensamos que no es exacta, de manera absoluta, la afirmación que hace el economista francés en el sentido de que la ciencia económica sea exclusivamente deductiva. En efecto, aun en el caso de la postulación utilizada frecuentemente por la matemática en los alardes más brillantes de la deducción, ésa, la postulación y su esquema deductivo, deben sujetarse, para alcanzar validez real, al inapelable juicio de la experiencia, y de ahí que, como lo probamos en nuestro ensayo sobre la Teoría de la Deducción,² es inadmisibles considerar al raciocinio deductivo independientemente de la ex-